



**MÁSTER UNIVERSITARIO
EN
GÉNERO Y DIVERSIDAD**

UNIVERSIDAD DE OVIEDO

TRABAJO FIN DE MÁSTER

***1984: EL NACIONALISMO Y
SU RELACIÓN CON EL
GÉNERO***

TESIS DE MÁSTER

SARA PEÓN VÁZQUEZ

Directora: Isabel Carrera Suárez

Oviedo, junio de 2019

TESIS DE MÁSTER/PROYECTO DE INVESTIGACIÓN PROFESIONAL

D^a./D. Sara Peón Vázquez D.N.I.:

TÍTULO: *1984*: EL NACIONALISMO Y SU RELACIÓN CON EL GÉNERO

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVE:

Perspectiva de género, nación, nacionalismo, feminismo.

DIRECTOR/A: Isabel Carrera Suárez

1. Resumen en español

Este trabajo aborda el concepto de nación y su relación con el género en la obra escrita por George Orwell *1984*. En él se estudia conceptos clave de la novela como la focalización de sentimientos en la comunidad propia y el rechazo de lo ajeno o el control del cuerpo de la mujer bajo movimientos nacionalistas. Aparte, se analizan los estereotipos de género presentes en la novela y otros conceptos relevantes en la obra como la memoria, el poder o el lenguaje.

2. Resumen en inglés

This paper addresses the concept of nation and its relationship to gender in George Orwell's work *1984*. It studies key concepts of the novel such as the focusing of feelings in one's own community and the rejection of what is alien, or the control of women's body under nationalist movements. In addition, the gender stereotypes present in the novel and other concepts relevant to the work, such as memory, power or language, are analysed.

VºBº

EL/LA DIRECTOR/A DE LA TESIS
DE MÁSTER/PROYECTO DE
INVESTIGACIÓN PROFESIONAL

LA AUTORA/EL AUTOR

Fdo.:

Fdo.:



PORTADA MÁSTER UNIVERSITARIO EN GÉNERO Y DIVERSIDAD

Universidad de Oviedo

Instrucciones

- Coloca esta portada delante de todos los trabajos que presentes en los cursos del Máster.
- Rellena todos los campos que figuran a continuación.

Título del curso	TRABAJO FIN DE MÁSTER		
Profesora / profesor	ISABEL CARRERA SUÁREZ		
Fecha límite de entrega	10/06/2019	Fecha de entrega	10/06/2019
Título del trabajo	1984: EL NACIONALISMO Y SU RELACIÓN CON EL GÉNERO		
Nombre de la alumna/o	SARA PEÓN VÁZQUEZ	DNI	
Teléfono de contacto		E-mail	

El plagio

La falta de honestidad académica, puesta de manifiesto, entre otras prácticas, en el plagio, es un asunto muy serio. Por esta razón, el incumplimiento de las normas sobre el uso de otras fuentes puede suponer el suspenso en el trabajo, en la asignatura o el módulo. El alumnado está obligado a comprender y respetar las normas de prevención del plagio, expuestas en la Guía del Máster para la elaboración de trabajos.

El trabajo debe cumplir los siguientes requisitos (marca cada casilla con una cruz):

- X El trabajo está escrito a espacio y medio; el tipo de letra es Times New Roman o Garamond y el tamaño de la fuente es de doce puntos.
- X El número de palabras es el indicado y su total exacto figura al final del trabajo.
- X Las páginas están numeradas y aparecen en orden.
- X Las hojas están grapadas o sujetas por medio de un sistema seguro.
- X He guardado una copia del trabajo.
- X He firmado la Declaración que aparece al pie de esta página.
- X Las fuentes de las citas incluidas en el trabajo están debidamente señaladas a continuación de dichas citas.
- X He incluido una sección bibliográfica con los textos citados.

Declaración

Conozco las normas del Máster respecto al plagio. Exceptuando las ocasiones en que he citado el trabajo de otras autoras o autores, este trabajo es fruto de mi esfuerzo, está expresado en mis propias palabras y no ha sido entregado anteriormente.

Firma:

Fecha

10/06/2019



Máster Universitario Género y Diversidad



DECLARACIÓN CONTRA EL PLAGIO

D./ Dña SARA PEÓN VÁZQUEZ, con DNI _____, estudiante del Programa Oficial de Postgrado *Máster Universitario Género y Diversidad*, por la presente declaro que el trabajo adjunto es una creación original propia, en la que las ideas de obras ajenas me han servido de inspiración o apoyo se encuentran debidamente referenciadas, con cita expresa de la fuente y autoría de que procedan.

Asimismo, declaro que los fragmentos de obras ajenas de cualquier naturaleza (escrita, sonora o audiovisual) o las obras aisladas de carácter plástico o fotográfico que he incluido en mi trabajo se encuentran debidamente identificadas como cita literal (entre comillas si se trata de textos) y con referencia a la fuente y autoría de la obra copiada.

Entiendo que de no haber actuado así habría incurrido en plagio, lo que supone un incumplimiento de las leyes, un atentado a los principios éticos del trabajo universitario y una falta de observancia de las instrucciones para la prevención del plagio aprobadas por la Comisión de Docencia del Máster y puestas a disposición del alumnado. Tal hecho habilitará a las personas encargadas de la evaluación y calificación de mi trabajo a no autorizar su defensa o a valorarlo desfavorablemente, según las circunstancias del caso.

En Oviedo, a 7 de junio de 2019

Fdo.:

Tabla de contenido

1.	Introducción	2
2.	Capítulo I: Contextualización.....	5
2.1	El género distópico.....	7
2.1.1	La literatura distópica y el género	8
2.2	El concepto de estado y nación	9
2.2.1	El género y la nación.....	10
2.3	Sara Ahmed y la política de los sentimientos.....	12
3.	Capítulo II: El nacionalismo, el género y otras cuestiones de <i>1984</i>	15
3.1	El nacionalismo en <i>1984</i>	16
3.1.1	Los tres tiempos del nacionalismo	17
3.1.2	La memoria en <i>1984</i>	20
3.2	<i>1984</i> : distopía y género	22
3.2.1	La maternidad en <i>1984</i>	24
3.2.2	El género y sus estereotipos en la novela.....	25
3.2.3	La sexualidad en Oceanía.....	30
3.3	<i>1984</i> , una nación sin sentimientos.....	32
3.4	El lenguaje, la historia y el poder en <i>1984</i>	34
3.4.1	La importancia del lenguaje	35
3.4.2	La historia en <i>1984</i>	36
3.5	El simbolismo dentro de <i>1984</i>	37
4.	Conclusiones	39
5.	Bibliografía	43
5.1	Fuentes primarias	44
5.2	Fuentes secundarias.....	44



Universidad de Oviedo
Universidá d'Oviéu
University of Oviedo

1. Introducción

Este trabajo está enfocado a analizar, principalmente, la relación entre género y nación en la obra *1984*, escrita por George Orwell, dos cuestiones que considero básicas para el entendimiento de la obra y dignas de un estudio en profundidad. Para hacerlo me baso en un corpus teórico que se ocupa tanto de la noción de nación como tal, como de su estrecha relación con los roles de género y las imposiciones que hacen los movimientos nacionalistas sobre el cuerpo femenino con el fin de controlarlo.

El primer capítulo expone el contexto en el que se enmarca el trabajo. Se inicia con unos apuntes sobre la biografía y obra del autor, pasando posteriormente a presentar las teorías aplicadas en el análisis, como la política de los sentimientos de Sara Ahmed, un acercamiento a la literatura distópica y sus conexiones con teorías sobre género y, por supuesto, el concepto de nación y cómo éste afecta a la ciudadanía y en especial a las mujeres. En este capítulo se presentan las teorías y conceptos necesarios para el análisis que se lleva a cabo en el siguiente apartado.

En el capítulo dos, que constituye el cuerpo del trabajo, se desarrolla un análisis en profundidad de la obra mediante la aplicación de los principios teóricos presentados en el capítulo anterior. Aparte de la nación, el nacionalismo y el género se analizarán los conceptos de memoria, lenguaje y poder, imbricados con los anteriores e igualmente esenciales para entender la sociedad de Oceanía. Se profundiza en los roles de género representados en la novela y en la construcción de los personajes según dichos roles. En relación con el nacionalismo, se analizan aparte los símbolos y celebraciones por las que esta ideología se manifiesta y promueve en las generaciones futuras.

Finalmente, este trabajo se cierra con un capítulo donde se exponen las conclusiones a las que ha conducido el análisis llevado a cabo en el trabajo, seguido de la bibliografía usada para el desarrollo de este, tanto fuentes primarias como secundarias.

El motivo que me llevó a escribir este trabajo fue el interés que despertó en mí apreciar, gracias a una de las asignaturas del máster, la estrecha relación que existe entre el concepto de nación y el género. Considero muy interesante aplicarle la perspectiva de género a cuestiones que hoy están más presentes en nuestra sociedad, puesto que los movimientos nacionalistas han vuelto a resurgir por toda Europa y el resto del globo, y con ello han aumentado las restricciones y las políticas de control sobre el cuerpo femenino. Aparte de esto, la literatura es una de mis pasiones y un campo en el que me gustaría profundizar en un futuro. Por esta razón he disfrutado tanto realizando este

trabajo, indagando en el análisis de los temas escogidos y encontrando conexiones entre lo aprendido durante el curso y una obra tan icónica como es *1984*.

2. Capítulo I: Contextualización

1984 fue escrita por George Orwell entre 1947 y 1948, año en el que se finalmente se publica. La obra pertenece al género de literatura distópica y narra la vida del personaje principal, Winston, en una sociedad futurista para la época en la que el gobierno, formado por un partido totalitario, controla por completo la vida de sus ciudadanos a través del lenguaje, la violencia y el espionaje. En esta sociedad nadie puede tener intimidad y el Partido castiga incluso a aquellos que cometen crímenes con el pensamiento, aunque no lleguen a llevarlos a cabo en la vida real. Winston Smith decide rebelarse contra este gobierno y, aunque es consciente de las terribles represalias que esto puede acarrearle, se une a una Hermandad de la cual ha oído hablar, aunque su existencia no tiene completamente demostrada. En el camino, Winston empieza una relación sentimental con Julia, una joven miembro de la Liga Juvenil Anti-Sex que lleva a cabo su propia revolución: una revolución sexual.

Sin embargo, a medida que la novela avanza, Winston descubre que la Hermandad no es más que una trampa para descubrir a los detractores del Partido y que la rebelión es más un ideal imposible que algo empíricamente alcanzable. Finalmente le arrestan por traidor al Partido y es torturado en el Ministerio del Amor, donde su afecto por Julia acaba siendo destruido mediante castigos físicos y psicológicos, consiguiendo así que el único foco de su amor sea el Gran Hermano. Esta es la verdadera finalidad del partido, destruir todo tipo de relación afectiva que los miembros de la sociedad puedan tener entre sí.

George Orwell, cuyo nombre real es Eric Arthur Blair, nació en Motihari, en el Raj británico –territorios que ahora se reparten entre India, Pakistán, Bangladesh y Birmania– en 1903. Fue periodista y escritor, y plasmó en sus obras muchas de sus experiencias personales e ideologías políticas tales como su oposición al imperialismo británico, su apoyo al socialismo democrático y su total rechazo a los estados totalitarios como el nazismo o el estalinismo. En *1984* se refleja con claridad su orientación política, dejando claro que, aunque él apoyaba el socialismo, este debía ser siempre democrático y no totalitario, puesto que si no se convertiría en aquello que su novela estaba intentando reflejar: un mundo en el que el poder controla por completo las voluntades y placeres de sus subordinados (Biografías y Vidas, 2019).

George Orwell murió en Londres en 1950 a causa de una tuberculosis. Su prosa es, en general, realista y con tintes políticos que pretenden hacer que el público lector reflexione sobre el mundo en el que vive y el mundo en el que podría llegar a vivir. Sus personajes suelen luchar contra las reglas sociales que han sido establecidas por el poder

político. Aun así, Orwell también escribió ensayos y poesía, aunque este tipo de obras no fueron las que le dieron el gran reconocimiento del que goza hoy en día (Biografías y Vidas, 2019).

2.1 El género distópico

Como ya se ha mencionado, *1984* es una distopía que describe un tipo de sociedad totalitaria que, haciendo uso de las nuevas tecnologías, controla a sus ciudadanos de forma dictatorial por métodos burocráticos y políticos. En general, una utopía se describe como algo perfecto e imaginado que no puede ocurrir y que solo se describe para alcanzar un objetivo previamente marcado, que suele ser el de afectar a aquellos que lo lean y remover sus conciencias. Para Jennifer Aardema (2014, 6), las utopías y las distopías son análisis críticos de unas condiciones que ya están presentes en la sociedad que toman la forma de formulaciones visionarias de unas posibilidades que podrían llegar a darse en algún punto del futuro.

López Keller define la distopía como un tipo de literatura política que se opone a la utopía, siendo esta última una sociedad perfecta y armónica. Por definición y etimología, la utopía es un no-lugar, un “sueño de orden de vida verdadero y justo” (López Keller 1991, 8), entendiendo por *sueño* algo que es imposible de realizar en la vida diurna y cotidiana, y por *verdadero* y *justo* algo que es ansiado y codiciado. Es decir, una sociedad en la que todo el mundo querría vivir por ser perfecta. Aun así, el problema con el que nos encontramos con este tipo de literatura es que muestra el fin, no el camino: no muestra cuál es el proceso a seguir para alcanzar esa sociedad ideal, y de ahí la imposibilidad de alcanzarla algún día (López Keller 1991, 9).

Sin embargo, a causa de los fenómenos sociales que ocurren durante el siglo XX tales como la crisis del 29 o el ambiente bélico que llevó a las dos Guerras Mundiales se observa un declive de forma general del género utópico que plantea una inversión en esta tendencia. Dicho declive se hace evidente con un rechazo de la utopía, por lo que aquellos que escribían este tipo de escritos dejan de dedicarse a este género en particular, y con el surgimiento de la distopía. Los temas recurrentes en este tipo de obras son, por un lado, la condena del totalitarismo sea de la ideología que sea y en todas sus formas, no solo en el sentido de totalitarismo político, sino también aquellos totalitarismos que están basados en un monopolio de la verdad (López Keller 1991, 12). Por otro lado, es común encontrar nuevas tecnologías y un avance extremo de la ciencia que, aunque también están presentes en la utopía, reflejan en estas obras todo lo

contrario. A pesar de que la población tiene todos los elementos necesarios para alcanzar esa utopía, dicho modelo de sociedad no surge. Es más, los autores y autoras de la literatura distópica resaltan que no solo no se ha alcanzado el ideal planteado por otros, sino que se ha conseguido lo opuesto: una realidad injusta y falsa que es inmediata en el tiempo y que contrasta con el ya mencionado sueño verdadero y justo (López Keller 1991, 13).

López Keller asume en su artículo “Distopía: Otro final de la utopía” que es frecuente creer que la mayoría de la literatura distópica está escrita con una intención conservadora, puesto que justifica el presente como un mal menor frente lo que podría acercarse. Sin embargo, cabe destacar que George Orwell, el foco de esta investigación, la usa justamente para advertir del presente, denunciando aquellos aspectos de la actualidad que podrían volverse perjudiciales en un futuro (1991, 15). Esta visión se desarrollará con más profundidad en el capítulo del Análisis.

2.1.1 La literatura distópica y el género

En relación con el género y el feminismo, Jennifer Aardema afirma que este tipo de literatura es muy útil puesto que ofrece la posibilidad de afectar a la percepción que tiene del mundo el lector o lectora en lo que al género se refiere (2014, 6). También recoge en su tesis las palabras de Angelica Bammer, quien defiende que aquellos autores hombres que escriben utopías o distopías escriben a sus personajes femeninos de la misma forma en que las perciben en el presente, reproduciendo –en la mayoría de los casos– los roles de géneros existentes en su vida cotidiana: madres, esposas, cuidadoras... (Aardema 2014, 11). Aardema mantiene que este tipo de literatura concede un amplio campo que permite imaginar realidades alternativas que pueden incluir el lenguaje, el discurso, la estructura social o cualquier otro tipo de sistema en el que integrar a las mujeres para construir sus identidades –siendo el género una parte muy importante de estas– y sacarlas de esos márgenes estereotipados a los que suelen estar condenadas (2014, 12).

Ruth Levitas sostiene, y así lo recoge Aardema, que tanto el feminismo como la utopía –y por ende la distopía– se posicionan como la antítesis del orden de cosas existente en el momento en que este tipo de obras se escriben (2014, 12). Esta tesis apoya la creencia de que hay 3 razones por las que la imaginación utópica es crucial para el feminismo: primero, la igualdad real nunca ha existido, por lo que es necesario imaginarla para que pueda convertirse en un sujeto de discusión y así llegar a

construirse dentro de una sociedad y, poco a poco, conseguir que se transforme en una realidad; segundo, las feministas tienen un poder político limitado, y es por ello habitualmente recurren a las representaciones artísticas para reivindicar sus peticiones, siendo estas representaciones literatura, pintura o música, por ejemplo; y por último, la utopía les permite un camino de discurso ideológicamente desviado de la norma pero que sigue siendo socialmente aceptado (Aardema 2014, 12). Es decir, la literatura tanto utópica como distópica les permite romper con lo establecido, crear una realidad paralela donde el statu quo es completamente distinto –para bien o para mal–, pero siendo siempre amparadas por el recurso literario que las afianza y afianza también a aquellos que lo leen.

Según Lucy Sargisson, la utopía feminista escapa a las restricciones del patriarcado, ya que les permite crear algo que previamente parecía inconcebible (1996, 41). Las distopías y las utopías son, al fin y al cabo, lo mismo, con la única diferencia de que la distopía aboga por la esperanza de forma real, ya que narra un futuro horrible e indeseable con la esperanza de que la sociedad lectora reaccione y aquello que es descrito en la obra no ocurra nunca (Aardema 2014, 17).

2.2 El concepto de estado y nación

Linda McDowell define el concepto de estado como el “conjunto de instituciones que comprenden tres formas de poder: legislativo, ejecutivo y judicial, junto al ejército [sic.] y las fuerzas de seguridad” que gobiernan un determinado territorio y a la población que vive dentro de sus fronteras (2000, 254). Lo que realmente le importa al movimiento feminista es saber qué intereses defiende este conjunto de instituciones, que suelen ser los intereses de los hombres y de lo masculino. La nación, en cambio, implica fronteras imaginarias y bordes, y necesita de un *dentro* y un *fuera*. En la nación, compartir algo común se prioriza frente a la diversidad, que se percibe como problemática y capaz de derivar en desorden (Ranchod-Nilsson y Tétreault 2000, 38).

José Sols Lucía diferencia entre nación de ciudadanos y nación de nacionalistas. La nación de ciudadanos nace durante la Revolución Francesa, cuando el concepto de nación se definía como aquello que englobaba a todos los individuos de la sociedad con el fin de acabar con la idea de los diferentes estamentos sociales –aunque esto no fuera cierto en la realidad, puesto que las mujeres no estaban incluidas en ese “todos los individuos”. Esta nación se mantiene sobre tres pilares: el individuo, que tiene unos

derechos; la sociedad, que es donde el individuo ejerce dichos derechos; y el Estado, que protege los derechos de todos los individuos de esta sociedad. En la nación de nacionalistas, sin embargo, la nación se entiende como una colectividad asociada a un territorio más o menos extenso y que está enmarcada en una tradición cultural. Esta tradición cultural comprende el idioma, la literatura, la historia, la mitología, etc. (2007. 8)

Según esto, entonces, podría decirse que mientras un Estado es el conjunto de instituciones, la nación de nacionalistas está compuesta por el conjunto de personas que se sienten parte de una misma colectividad porque comparten varios rasgos comunes. Sin embargo, como apunta McDowell, la nación requiere de un *dentro* y un *fuera*, y mucha gente se encuentra en una situación de limbo, puesto que los de dentro no les permiten entrar del todo, pero ellos tampoco se ven representados en un *fuera*, puesto que sí que comparten varios rasgos con aquellos que están dentro del concepto de nación. Aquí podrían enmarcarse aquellos extranjeros que vienen a España procedentes de países de Latino América, que se ven como iguales a nosotros porque hablan el mismo idioma –aunque haya variaciones–, pero que son rechazados por los nacionalistas españoles al ser concebidos como extraños.

2.2.1 El género y la nación

El nacionalismo en muchos contextos de lo que se conoce coloquialmente como el Tercer Mundo está muy conectado con el feminismo; no solo porque muchas veces el movimiento nacionalista ayudó al surgimiento de movimientos feministas, sino también porque muchas veces ambos lucharon juntos por un objetivo común: la independencia (Herr 2003, 135). Aun así, muy a menudo estos movimientos feministas se vieron luego ignorados por el nacionalismo una vez que ya se había conseguido el objetivo común. Por esta razón muchas feministas pertenecientes a este contexto son reacias al movimiento nacionalista y lo rechazan, sintiéndose utilizadas. Aparte, el nacionalismo tiende a dividir a las feministas, separando a aquellas que tienen intereses nacionalistas de las que no y debilitando así los esfuerzos comunes del colectivo. También puede darse la posibilidad de que, debido al nacionalismo, surjan en estos movimientos sentimientos racistas o de exclusión hacia otros grupos sociales. (Herr 2003, 138)

Centrándonos en el contexto de Inglaterra, comenta Rada Iveković que, tras la segunda Guerra Mundial, el nacionalismo y el conflicto bélico fueron usados como excusa para que la ciudadanía se olvidase del movimiento feminista, haciendo que las

mujeres escogieran entre la identidad de mujer como parte de la nación o la identidad de mujer como feminista. Aquí surgió una diferencia entre aquellas feministas que eran pacifistas y aquellas que apoyaban la guerra (1993, 113). La autora remarca que pasó lo mismo con el socialismo, cuando muchas mujeres optaron por una posición antisocialista o de nacionalismo extremo, como sucedió en Alemania. Esta situación dio paso a una gran contradicción, ya que muchas mujeres estaban en contra de una ideología –el socialismo– que luchaba justamente por sus derechos (114). Cuando esto pasa la ideología adoptada se conoce como nacionalismo radical, un pensamiento que se caracteriza por la conquista de territorios, la persecución de otras nacionalidades y la introducción de limpiezas étnicas (Iveković 1993, 116).

En el nacionalismo, la maternidad se toma como algo simbólico: las mujeres son las madres de la nación y de todos los nacidos en ella. Este tipo de movimientos reducen a las mujeres a un simple rol reproductivo, que puede ser tanto puramente biológico como cultural (Ranchod-Nilsson y Tétréault 2000, 41). Según estas autoras, las mujeres no pertenecen a una nación puesto que no se les concede el poder para decidir sobre temas relacionados con la misma, pero sí construyen la mitología de esa nacionalidad, siendo los cuerpos desde donde se narra el origen del país (Ranchod-Nilsson y Tétréault 2000, 42). El hecho de que en muchos casos la nación y el estado sean representados con una figura femenina no quiere decir que lo simbolizado sea también femenino. Podría decirse que la nación es femenina en cuanto a representación, porque aquellas personas que la representan la perciben como algo que se ha de proteger y algo que puede ser invadido por la fuerza, la misma percepción que se tiene habitualmente y desde la sociedad de las mujeres. En todos los demás sentidos, se piensa en la nación como algo masculino en cuanto a que, según la misma percepción, son los hombres los que deben protegerla (Iveković 1993, 123).

Relacionado con lo mencionado en el párrafo anterior, es interesante añadir la visión de Anne McClintock, que sostiene que las mujeres suelen ser construidas como las portadoras simbólicas de la nación, mientras que al mismo tiempo se les deniega toda relación directa con una agencia nacional (1993, 62). Es decir, las mujeres son utilizadas como símbolo nacionalista, pero no se les otorga el poder de ejercer su nacionalidad de la misma forma que a los hombres. También afirma que el nacionalismo no se puede entender sin una base teórica de poder establecida en las relaciones de género, ya que todas las naciones dependen de estas relaciones y construcciones que han institucionalizado históricamente las diferencias entre hombres

y mujeres (1993, 63). En este sentido, Iveković afirma que las mujeres le brindan fidelidad a la nación a pesar de que esta pueda ir –y habitualmente lo haga– en contra de sus propios intereses. (1993, 122)

Socialmente se espera que las mujeres sean las que mejor se adapten y acepten al *Otro*, ya que debido a la tradición patriarcal han sido ellas las que han tenido que abandonar sus hogares para incorporarse a otra unidad familiar externa cuando contraían matrimonio (Iveković 1993, 117). Según Kim et al. (2000, 144), un gran cuerpo de literatura feminista analiza el movimiento nacionalista como algo que está completamente influenciado por agentes externos como el género, la raza o una estructura social sexualizada. Desde el punto de vista de las mujeres, las libertades políticas y culturales no se consiguen simplemente con la independencia como algo natural, por lo que deben ser reclamadas. Por esta misma razón la nación continúa siendo para ellas el único medio para hacer dichas reclamaciones. Así, la cuestión de género es siempre la segunda después de la cuestión de nación. (Boehmer 2005, 219)

Sin embargo, las mujeres juegan un papel muy importante en los movimientos nacionalistas no solo como madres, sino también a veces como activistas políticas o agentes históricas (Boehmer 2005, 208). Aun así, suelen tener ciertos problemas para encontrar modelos de liderazgo político dentro de este tipo de movimientos que no estén sutilmente marginados o que no se vean afectados por ciertas jerarquías de poder existentes (209). Las mujeres suelen tratar de amoldar el concepto de nación a una construcción mediante la cual su red política particular pueda organizarse. También pueden decidir romper con las estructuras ya integradas en el estado, como el principio organizador de la cultura política (210). Muchas autoras como Flora Nwapa o Bessie Head afirman que el poder se encuentra en lo colectivo, en la solidaridad de las mujeres, en la comunidad que estas construyen o en el coloquio que pueda existir entre ellas. Recalcan así la importancia no solo de la comunidad en sí, sino también de las conexiones entre mujeres de distintas comunidades (Boehmer 2005, 209).

2.3 Sara Ahmed y la política de los sentimientos

Una de las bases de *1984* es la falta de sentimientos, ya que solo aparecen el odio extremo a todo lo externo a la nación y la adoración desmedida por el Gran Hermano y al Partido. En cuanto al odio, Sara Ahmed afirma que es uno de los sentimientos más intensos, e implica estar en contra de algo intencionadamente. En su libro *La política cultural de las emociones* (2015) diferencia entre la ira y el odio,

siendo la ira algo que se siente contra una persona en particular y el odio aquello que sentimos contra algo más general como podría ser un grupo de personas (87). También resalta que el odio no es la oposición al amor, sino que está atado a él y, en muchas teorías, es la precondition para la existencia del amor (88). Sin embargo, Ahmed entiende que el odio se opone a la indiferencia y, a pesar de estar atado al amor, no significa necesariamente que el sujeto ame al objeto odiado. En su lugar, lo que se puede necesitar es la relación destructiva que se tiene con el objeto, vinculando así al sujeto con el apego al odio. Y, para que la relación destructiva con el objeto se mantenga, este ha de ser conservado de alguna manera, manteniéndolo en el discurso político como una amenaza posible, aunque no sea real ni inmediata en el tiempo (Ahmed 2015, 89).

La autora asegura también que algunas delimitaciones existen gracias al odio, que se siente como si proviniese del interior y estuviese dirigido hacia el exterior en contra de otros. Así, al sentir el odio como algo interno, aunque venga provocado por algo externo, el *otro* es algo necesario para seguir continuando la idea del *yo* o del *nosotros* (Ahmed 2015, 90). Así, las fronteras y los límites están formados con una ansiedad que no responde a una sensación que proviene del interior del sujeto o grupo de sujetos, sino que es el efecto de esta construcción continuada de la separación de un sujeto o un grupo. Es decir, el sentimiento de ansiedad que da lugar a la construcción de fronteras y límites no es algo biológicamente presente en el individuo, sino que es algo que se basa en la construcción histórica de la separación entre un sujeto y el concebido como su opuesto o su *otro* (2015, 90). El odio funciona como evidencia de aquello a lo que representa como opuesto, llevando al sujeto a amar u odiar según sean o no percibidos como iguales a él (Ahmed 2015, 91). Así, no se responde con amor u odio según el *otro* sea más o menos querible, sino según posean una serie de atributos que le den una identidad separada y, por ende, opuesta a la del sujeto que le observa. (Ahmed 2015, 92)

El amor, por el contrario, se describe como la emoción que impulsa el trabajo de aquellos grupos que se identifican como radicales –a menudo grupos fascistas o ultranacionalistas– y que les mueve a defender la nación en contra de otros ajenos, cuya presencia se determina entonces como el germen del odio (Ahmed 2015, 192). Ahmed afirma también que, mediante el lenguaje del amor, se convierte el odio en amor, asociándolo así con sentimientos y valores positivos. “Estar a favor de”, entonces, significa lo mismo que estar “en contra de”. Así, estar a favor de los ciudadanos nacidos

y criados en esta nación, por ejemplo, igualaría estar en contra de aquellos que vienen de fuera. (Ahmed 2015, 193)

3. Capítulo II: El nacionalismo, el género y otras cuestiones de 1984

3.1 El nacionalismo en 1984

Desde el nacionalismo es habitual analizar el estado como algo equivalente a la nación, y se toma el estado como algo homogéneo en lugar de como algo que está fragmentado y que se compone de instituciones diferentes (Kim et al. 2005, 138). Para crear una situación de superioridad es necesario dominar y excluir a aquellos sujetos concebidos por la clase que se encuentra en posición dominante como indeseables o problemáticos.

Bajo movimientos nacionalistas tan extremos como puede ser el fascismo, la unidad familiar –o casa– sufre el robo de todas aquellas funciones que podrían considerarse positivas y deseables. En vez de ser el foco donde se centra el amor, las relaciones afectivas y la solidaridad, pasa a convertirse en una organización basada en el terror, la violencia y la dominación formal (Gèrmana y Mousoutzanis 2014, 109). Esto se refleja en la novela en el episodio en el que la vecina de Winston, la señora Parsons, le pide que la ayude a solucionar un problema que tiene en su casa. Allí el protagonista se encuentra con los hijos de los Parsons, unos niños que están completamente adoctrinados por la ideología del Partido y que, según él mismo opinaba, “con aquellos niños [...] la desgraciada mujer debía llevar una vida terrorífica” (Orwell 1948, 32). En este caso, la ideología no rompe las reglas comunes del hogar para instaurar una dominación del adulto al niño, sino al revés.

Según Orwell, en su novela era “casi normal que los adultos de más de 30 años le tuvieran un miedo visceral a sus hijos” (33). Los niños, que son seres totalmente influenciados, están a total disposición del Partido, asumiendo por completo las doctrinas que éste impone. En este sentido, lo que el Partido ha conseguido es romper toda relación afectiva entre padres e hijos para conseguir que, en caso de que las telepantallas y la Policía del Pensamiento fallasen, siempre hubiese un órgano de espionaje integrado en el hogar que pudiese delatar a aquellos que fuesen en contra de la ideología impuesta. En el mismo pasaje se menciona el ejemplo de un artículo del periódico Times donde se narra cómo una niña se ha convertido en heroína nacional al delatar a sus propios padres (33).

Al mismo tiempo, y para poner fin a los ejemplos que demuestran la rotura total y absoluta de relaciones entre padres e hijos donde no existe ni el cariño, ni la compasión, ni la confianza propias de un hogar familiar, en la página 259 se cuenta como, cuando Winston está encarcelado en el Ministerio del Amor, se encuentra con Parsons en una de las celdas. Al preguntarle qué hace allí, éste contesta que ha sido

detenido por *crimental*¹, y que ha sido su hija quien le ha delatado. Es entonces cuando Parsons reconoce que, por un lado, está apenado por la situación, pero por otro, está muy orgulloso porque “la he educado muy bien” (259). Podemos ver, por lo tanto, cómo el Partido ha conseguido minar las relaciones afectivas de tal forma que, a pesar de sentir una cierta pena por estar encarcelado, el padre sigue sintiéndose orgulloso de no haberle fallado ni al Partido ni al Gran Hermano al haber educado de forma excelente a su descendencia.

En los movimientos nacionalistas la estrategia de la camaradería horizontal tiene gran importancia. Esta implica una igualdad aparente, aunque nunca real, puesto que existen diferentes clases y jerarquías. En 1984 el ejemplo es claro: a pesar de que el Partido intenta vender una imagen de igualdad entre todos los miembros de la ciudadanía, las jerarquías son claras incluso dentro del Partido. En la parte superior se situaría el Gran Hermano, y por debajo de este los miembros del Partido Interior. Después estarían los miembros del Partido Exterior —entre los que se encuentra Winston—, y finalmente la mayoría de la población pertenecería al Proletariado o los Proles. La propia novela narra que “el Partido no se preocupa de perpetuar su sangre, sino de perpetuarse a sí mismo” (231). Para ello, esta es una buena estrategia, puesto que implica a todos los miembros de la sociedad. Al no dejar a nadie fuera, nadie se rebelará contra ti porque todos se sentirán incluidos. De esta manera, todos los miembros de la sociedad lucharán entre ellos por esta dentro y por llegar lo más alto posible.

3.1.1 Los tres tiempos del nacionalismo

Según Linda McDowell, aquellos que se reconocen como iguales lo hacen porque pertenecen al mismo lugar, aunque no conozcan a la totalidad de la población que allí habite. El sentido de pertenencia se construye entonces a base de mitos e imágenes, costumbres y rituales que refuerzan la creencia de ser y pertenecer a determinado grupo (2000, 53). Elizabeth Russell comenta que escribir o leer sobre tiempos futuros apocalípticos donde el apocalipsis supone la revelación de los horrores del pasado es algo necesario y vital para comprender los horrores del presente (2014, 114). Esto se conecta con los tres tiempos que se establece que tiene el nacionalismo:

¹ En 1984, la palabra *crimental* (original en inglés: *thoughtcrime*) es un término de la *neolengua* (*newspeak* en inglés) que significa un “crimen de pensamiento”. Esto implica pensar en cometer un crimen, independientemente de que se lleve a cabo o no.

pasado, presente y futuro. El pasado es a donde vuelven los creadores de los discursos nacionalistas para buscar las bases de sus ideologías. Las historias y los héroes mitológicos se encuentran en tiempos ya pasados, como también el origen de la nación en cuestión, algo que usarán para defender la nación actual basándose en la historia. El futuro se usará como esperanza, aquello que se quiere conseguir y por lo que se debe luchar y defender a la nación con el discurso nacionalista, porque si no el futuro idílico que ellos proponen les será arrebatado. Por último, el presente entra en juego porque es donde afectan estos dos tiempos ya explicados. Es en el presente donde se pelea por el futuro basándose en tiempos e historias del pasado.

Estos tres tiempos se unen mediante los rituales, las narraciones y los símbolos; es decir: para crear un relato nacional se necesitan símbolos, mitos, héroes y víctimas. En *1984* el héroe de la nación es, claramente, el Gran Hermano. Como todo héroe, el Gran Hermano necesitaba un enemigo de quien defender al pueblo de Oceanía, quien tomaría el rol de ser las víctimas del relato. De él no se sabe ni cuándo nació ni en qué momento formó el Partido, y nadie le ha visto nunca. El Gran Hermano nunca morirá, y su función es provocar el amor, el miedo o el respeto en la población (229). Todas estas emociones son más propensas a ocurrir al sentirlas hacia alguien concreto y no hacia algo abstracto como puede ser una organización o un partido político. El Gran Hermano es inmortal y se ha convertido en un símbolo en sí mismo. El enemigo en cuestión es Emmanuel Goldstein, un personaje que nadie sabe en qué momento traicionó al Partido, ni a dónde huyó, ni siquiera si sigue vivo, pero todos aceptan que él es el enemigo número uno de la nación y que todos los crímenes que se cometen son por su culpa e influencia (18).

En *1984* los símbolos son varios. El más evidente sería la propaganda política en forma de carteles que cuelgan de las fachadas de los edificios con la cara del Gran Hermano o con las caras de los enemigos, que pertenecen a la nación con la que Oceanía esté en guerra en ese momento. Otro símbolo que aparece en la novela es los Dos Minutos de Odio, una ceremonia diaria que consiste en dos minutos donde todos los ciudadanos se reúnen y, frente a una telepantalla que proyecta imágenes de Goldstein y del enemigo actual de la nación, profieren insultos y descargan su rabia y su odio contra ellos. En esta celebración el protagonista principal siempre es Goldstein, puesto que es el enemigo perenne, mientras que el enemigo secundario varía según la guerra que se esté librando en ese momento tenga como contrincante a Eurasia o a Asia Oriental. En los Dos Minutos de Odio es “imposible evitar la participación porque uno

era arrastrado inevitablemente” (21), pero las emociones no están siempre focalizadas en el odio al otro. En el caso de Winston, él siente una “rabia abstracta e indirecta” (21) que termina por enfocarse en el Gran Hermano y en el Partido. Aun así, seguidamente, el personaje principal de *1984* admite que todo este odio y rabia que siente hacia el Partido y su dirigente se termina volviendo en adoración a los pocos minutos.

Esta celebración podría verse entonces como una mera distracción, una estratagema para hacer que el pueblo descargue su ira contra otros y así nunca intenten ir contra el Partido ni el Gran Hermano; y convertir a la vez toda esa fuerza sentimental que implican el odio y la rabia en adoración y pasión por aquellos que, supuestamente, les están protegiendo y defendiendo de toda influencia externa que podría perjudicarles.

El nacionalismo existe con anterioridad a la nación, y es el que decide que una colectividad se convierta en nación propiamente dicha (Varela 1991, 114). Este fenómeno podría definirse como el proceso de producción, transmisión y consumo de un sistema ideológico que se construye a partir de diferentes mitos (114). Los mitos tienen valor, pero no son ni verdades ni mentiras, únicamente son tomados por la comunidad como hechos acontecidos. Aunque la nación existe después del nacionalismo, en el mito ésta le precede. No es un invento como tal, es una respuesta ideológica necesaria ante un cierto estado de las cosas. En *1984* el claro ejemplo de lo ya explicado sería la convicción de que el Partido siempre ha existido, nunca ha habido una nación como Oceanía donde ni el Partido ni el Gran Hermano no existiese.

Según Varela, a la vez que el mito pierde profundidad, gana empatía (115); esto quiere decir, cuanto menos profundo y más accesible sea, más empatía va a despertar entre todos aquellos que lo reciban y más fácil será que estos lo asimilen. El procedimiento ideológico es entendido como un proceso de producción, comunicación y consumo, y su éxito depende de la asimilación general (115). El mito tiene tres funciones distintas: primero, esclarece la realidad y la presenta como natural, para que de este modo sea coherente e incuestionable; seguidamente, tiene como función la integración del mito en la población. Su última función es la de movilizar: una vez que es asimilado, el mito se defiende y reivindica. Tiene una misión, de ahí que tenga componentes heroicos y apelativos a la emoción y al sermón (2001, 116).

Como ya se ha mencionado en este ensayo, el núcleo fundacional del nacionalismo es la etnia, es decir, tiene la historia diferencial como componente principal (Varela 2001, 116). Es importante mencionar la autoridad de quien transfiere el mito, puesto que este adquiere un cierto grado de poder. Es la propia Historia la que

transmite el mito, por lo que este adquiere la objetividad necesaria para que la gente se lo crea. La Historia legitima el mito y su significación, es decir, la nación (2001, 117). El modelo nacionalista toma energía primaria del medio y así se pone en marcha; esto es, el conflicto se genera por unas razones existentes en el entorno. El mito, entonces, surge como respuesta a estas razones, para comprenderlas, construir una nueva evidencia social, y para luego transformarla (2001, 131).

Esto podría aplicarse a la novela en el sentido de que en ella también se crean mitos para justificar problemas de la sociedad. En primer lugar, para luchar contra el capitalismo que reinaba antes, y después de que este fuera vencido se creó la figura mítica del Gran Hermano y el Partido, para así evitar un retroceso a lo que ya estaba superado. Del mismo modo, en *1984* se crea el mito de la guerra constante, que nunca se aclara por completo si es cierto o es solo un engaño más del gobierno, para evitar que alguno de los ciudadanos de Oceanía se rebele contra el orden establecido.

De la misma manera, el sistema también aporta información y energía al medio, puesto que al construir una colectividad se crean fronteras y diferencias entre dos o más comunidades. Además, se crean nuevos elementos de la realidad social gracias a la acción colectiva, como los elementos de cultura, nuevos grupos organizados... (2001, 131). En *1984* la frontera enemiga es cambiante, pero siempre hay un enemigo común. La nación no vive un día sin sentir la amenaza del ajeno, y en la mayoría de las veces el Partido se encarga de presentar a la población con algún miembro del bando enemigo, ya sea Eurasia o Asia Oriental. Esto demuestra que el mito en la novela no es, como suele ser habitual, el relato de una guerra contra un país en concreto, sino el relato de la guerra en sí. Este relato, como mito, tiene una misión, que es mantener el sentido de amenaza y el miedo en los ciudadanos.

3.1.2 La memoria en *1984*

Según Bruno Groppo, las políticas de la memoria podrían definirse como toda acción deliberada que sea establecida por un gobierno o cualquier otro actor político o social con el único objetivo de conservar, transmitir y dar valor al recuerdo de determinados acontecimientos del pasado que son considerados particularmente importantes por algún motivo (2002, 192). Son, de esta forma, los medios políticos mediante los cuales los eventos sucedidos son recordados y grabados, o bien descartados, según convenga. Por tanto, el rol de la política y sus instituciones goza de una completa y absoluta relevancia en la construcción de la memoria, tanto individual

como colectiva. La intervención de este tipo de políticas juega un papel crucial en cómo los recuerdos difieren de la verdad objetiva de los eventos tal y como sucedieron; y dicha intervención se hace evidente al observar cómo la historia es escrita y transmitida al público general.

La identidad de un grupo social es absolutamente indisociable de su memoria, pues es esta quien construye y transmite dicha identidad (2002, 190). Por esta misma razón, moldear la memoria pública supone construir un tipo determinado de identidad; y este tipo de políticas se pueden presentar en diferentes formas, como celebraciones, ritos, construcción de monumentos o la creación de instituciones dedicadas exclusivamente a preservar la memoria, como registros o bibliotecas nacionales. Cada sociedad vive esta coyuntura de la memoria a su manera, en función de su historia y de sus problemas específicos, ya que ésta es el principal fundamento de la identidad, ya sea individual o colectiva. La memoria es quien nos dice quién y cómo somos, y perderla conlleva perder la propia identidad. (2002, 190)

En 1984 la política de la memoria es más que evidente, puesto que existen organismos e instituciones enteramente dedicados a manipular todos aquellos documentos que contengan o transmitan algún evento histórico, por poco relevante que parezca, para amoldarlos así a lo que el Partido está tratando de comunicar en ese preciso instante. El Partido utiliza estos registros y crónicas manipuladas para justificar cualquier acción que sea tomada en el presente, habitualmente con aquellas relacionadas con la guerra que se esté luchando en ese momento. Si el enemigo cambia, entonces también lo hacen los registros, para así reflejar que ese nuevo enemigo ha sido siempre el mismo. En una ocasión, en la página 50, se menciona como Winston, trabajador del Ministerio de la Verdad, debe rectificar varios artículos del periódico de la nación porque estos están equivocados, puesto que no dejan en buen lugar al Partido ni al Gran Hermano. Así, explica que, unos meses atrás, el Ministerio de la Abundancia había prometido que no se reduciría la ración de chocolate durante ese año. Sin embargo, lo habían hecho, y ahora era trabajo de Winston modificar la noticia original para cambiarla por un anuncio de que seguramente se debería reducir la ración en los meses venideros, para así hacer que el Partido dijese la verdad y tuviese siempre la razón. Por eso, en una sociedad como Oceanía es un acto revolucionario tener una memoria propia, ya que esto supone –en la mayoría de los casos– ir contra lo que el Partido pregona y reconocer todas las mentiras que rodean a la ciudadanía y a la propia institución encabezada por el Gran Hermano.

La memoria, entonces, tiene un papel crucial en la construcción de ideologías nacionalistas como la que se está analizando en este ensayo, y está directamente conectada con el poder y la historia. Esto se profundizará más adelante en el trabajo, enfocándose en el poder que le aporta a una persona o institución estar a cargo de la historia y el lenguaje de una determinada nación.

3.2 1984: distopía y género

Como se ha comentado en el capítulo anterior, en la distopía se narra habitualmente el miedo al fin de la humanidad, bien sea debido a una enfermedad, a la guerra o a malos hábitos de salud, entre otros muchos escenarios. Lo que sí es común encontrarse en este género es el uso de las mujeres como recurso para solucionar dichos problemas. Por ello, es habitual encontrarse con literatura distópica donde los papeles femeninos no tienen protagonismo, ocupando un papel secundario que las relega al margen y que las condena a que su único rol sea el de reproductoras para la nación puesto que la sociedad está dañada y necesita más población para superar los tiempos de crisis, como sería el caso de *El cuento de la criada* (1985) o *Swastika Night* (1937).

En la distopía, sobre todo si está escrita por autores masculinos, es común que las mujeres sean poco relevantes, apareciendo como personajes minoritarios que siguen la ideología predominante y que solo son sujetos activos en el papel de reproductoras. En *1984* encontramos una ligera excepción en el personaje de Julia, y uso “ligera” porque, a pesar de que a veces atente contra el discurso del Partido, en su trasfondo Julia es una conformista que no tienen en mente seguir las aspiraciones de Winston de acabar con la figura del Gran Hermano y el Partido. Julia forma parte de la Liga Juvenil AntiSex, una de las ramas del Partido que, en sus casos más extremos, defiende la soltería total de ambos sexos y que los niños y niñas pertenecientes a las siguientes generaciones sean concebidos por *semart* –inseminación artificial– y educados en instituciones públicas.

A pesar de que esto es muy extremo y no es una realidad, ya que nadie en Oceanía lo lleva a la práctica, esos ideales siguen el pensamiento del Partido, cuyo fin es “matar el instinto sexual o, si no podía suprimirlo del todo, por lo menos deformarlo y mancharlo” (78). Por esa razón, los matrimonios en Oceanía estaban supervisados por un comité que decidía si dos personas podían casarse, y solo se aprobaba si los miembros del jurado decidían que no había ningún tipo de atracción sexual entre los dos cónyuges (78).

Según Jennifer Aaderma, los textos de la literatura distópica tienen cinco características básicas: la aparición del poder, totalitarismo y la guerra; el sueño o fantasía vs. la realidad; las oposiciones binarias; la caracterización de ciertos personajes que no logran su misión; y la ideología y posibilidad. El poder, el totalitarismo y la guerra se refiere al poder y cómo este funciona dentro de la sociedad. En *1984*, el poder lo tiene el Gran Hermano y el Partido, puesto que estos controlan dos factores esenciales como la historia, la memoria y el lenguaje. Todo esto será analizado en un apartado de este capítulo. La dicotomía entre el sueño o la fantasía y la realidad estaría representado por los pequeños destellos de memoria que sufre Winston, nunca sabiendo si son recuerdos verdaderos o ensoñaciones de lo que le gustaría que fuese el mundo. Las oposiciones binarias presentes en *1984* serían la emoción contra la razón, o la intuición contra la ciencia. La caracterización de personajes estaría liderada por el personaje principal, Winston, que es un hombre que podría dar mucha esperanza a todo aquel que le lea, pero que termina siendo completamente ineficaz frente al poder contra el que intenta luchar. Finalmente, la ideología y la posibilidad se definiría como las diferentes posibilidades enfrentadas; es decir, la corriente ideológica principal que se mantiene en constante conflicto con aquellos que consiguen y se atreven a diferir de la forma de pensar común.

En *1984*, y como ya se ha mencionado en el párrafo anterior, está muy presente el conflicto de cabeza contra el corazón, que se igualaría al conflicto de ciencia contra la religión. Habitualmente en este tipo de literatura se retrata una sociedad donde la ciencia ha encontrado la solución a prácticamente todos los problemas, pero que sigue sin ser capaz de controlar ni manipular los instintos humanos más básicos. En *1984* esto se intenta conseguir, y muchas veces se logra, a través de la cultura y la socialización. A través de la novela George Orwell evidencia un temor al avance de las ciencias y al progreso de las técnicas de manipulación de los grupos sociales, escribiendo una sociedad donde el individuo desaparece, absorbido por la masa común con la ayuda de la tecnología. En la novela no se mencionan muchos recursos tecnológicos, solo las telepantallas, y el protagonista es un hombre mediocre y gris. Todo esto la hace mucho más creíble y real. A pesar de no tener grandes recursos tecnológicos que evoquen a la ciencia ficción, describe unos medios absolutamente represivos y un sistema policiaco en constante vigilancia, todo ello unido a una constante reescritura de la Historia y la pérdida del pasado. La novela, como la mayoría de las distopías, deja a todas aquellas personas que la lean con una sensación de haber leído algo deshumanizante y

completamente falto de esperanza, puesto que la memoria colectiva se destruye y con ella la individualidad.

3.2.1 La maternidad en 1984

Como comenta Elizabeth Russell en su artículo “The loss of the feminine principle in Charlotte Haldane’s *Man’s World* and Katherine Burdekin’s *Swastika Night*”, el totalitarismo tiene dos formas de abordar la maternidad: una de ellas es hacerla atractiva para las mujeres, y la otra es hacerla obligatoria (1991, 22). Así, en 1984 la maternidad es promovida por el Partido como una tarea tediosa por la que los ciudadanos tienen que pasar para que la sociedad siga con vida y el Partido pueda seguir teniendo fieles sobre los que gobernar. En un momento en el que Winston está recordando a su exmujer vuelve a su memoria las incómodas ocasiones, aunque escasas, en las que ambos practicaban el acto sexual. Durante estos encuentros Katharine se ponía rígida en cuanto Winston la rozaba, rechazando por completo su contacto y, a la vez, insistiendo en que él no se detuviera, simplemente “[S]e quedaba allí echada con los ojos cerrados sin resistir ni cooperar, pero como sometible” (79).

A pesar de todo, era ella la que insistía en seguir con los encuentros sexuales, puesto que Winston afirma que “incluso así habría podido soportar vivir con ella si hubieran decidido quedarse célibes” (79). En la novela, Katharine insiste en continuar teniendo sexo con Winston porque su deber era producir hijos si podían, por eso no podían mantenerse en celibato. A través de este personaje se puede ver como la ideología totalitaria del Partido ha calado tan hondo en la población –sobre todo en las mujeres– que, aunque Katharine no sienta ni un ápice de atracción sexual por el que es su marido y deteste cualquier tipo de contacto físico que tienen, consiente tener encuentros sexuales con él porque es su deber reproducirse. El acto sexual pierde en 1984 todo sentido real, ya que es despojado de su cualidad de ser algo deseado y consensuado por ambas partes para pasar a ser algo obligado a lo que una o uno se resigna porque es lo que hay que hacer: “la relación sexual se consideraba una pequeña operación molesta” (78). Incluso las formas en las que Katharine se refiere a dicho acto lo deshumanizan, arrebatándole cualquier resquicio de deseo e intimidad que pudiera quedar. Habla de él como el hecho de “hacer un bebé” o como un “deber al Partido” (80).

Relacionado con esto último, cabe mencionar que en 1984 el Partido acepta que un matrimonio se separe, siempre y cuando no hayan conseguido tener hijos; y es esta la

razón por la que Winston y Katharine se separan. Se entiende entonces que el Partido acepta separaciones cuando la pareja no es capaz de concebir para que, al encontrar ambos otra pareja sexual, puedan traer al mundo a varios niños y niñas que compongan las generaciones del futuro. En definitiva, el único propósito del matrimonio en la novela es “engendrar hijos en beneficio del Partido” (78).

3.2.2 El género y sus estereotipos en la novela

El género es algo clave tanto en el nacionalismo como en las ideologías totalitarias, como se ha explicado con anterioridad. En 1984 encontramos varios identificadores que nos muestran como el género y sus diferentes estereotipos siguen presentes en la novela, ya sea por fallo del autor que no fue capaz de escribir su obra desde una perspectiva más igualitaria, o como recurso literario para crear un reflejo de su presente, pero llevado al extremo. Sea por el motivo que sea, es algo innegable que el personaje principal, Winston, es un hombre que tiene cierta animadversión hacia las mujeres, y esto se refleja en sus relaciones con ellas. En la página 16 se explica que a Winston le molestaban todas las mujeres, pero especialmente aquellas que eran jóvenes y guapas, puesto que eran las que más se doblegaban a las ideas del Partido. Para mí, este es un claro estereotipo de género que sigue presente en la actualidad: el de que las mujeres jóvenes, pero sobre todo guapas, son poco inteligentes y fáciles de manipular.

También en varias ocasiones, como en la página 79, se describe a Katharine como una persona estúpida, carente de todo trasfondo intelectual que no implicara al Partido y sus slogans. También esta vez se la describe como una mujer agraciada, “rubia alta, muy derecha y de movimientos majestuosos” con una cara “que podría haber pasado por noble antes de descubrir que no había nada tras aquellas facciones” (79). Respecto a esto, también se menciona el deseo de Winston que, más que ser amado por una mujer, lo que realmente quería era derribar el muro de estupidez que el Partido había conseguido construir en las mujeres (80). Esto le proporcionaría un rol muy parecido al de un salvador, despertando a las mujeres de un letargo de inutilidad impuesto por un externo al que Winston es inmune debido a su, según él, alta capacidad cognitiva.

Otro rastro de los roles de género que existen en la novela sería el siguiente ejemplo que, aunque parece insignificante y puede fácilmente pasarse por alto, es bastante esclarecedor en cuanto a la sociedad que se describe en 1984. Ocurre en la página 29, cuando la Señora Parsons le pide ayuda a Winston porque tiene un problema

con el fregadero atascado puesto que Tom, su marido, no está en casa. Ella comenta que “[N]aturalmente, si Tom estuviera en casa lo arreglaría en un momento. Le gustan esas cosas. Es muy hábil en cosas manuales” (29). Para mí esto es un claro ejemplo de los roles que siguen existiendo en nuestra sociedad, donde los hombres se dedican a cosas de manitas, mientras que las mujeres, como ocurre con la señora Parsons, se dedican a las tareas domésticas tales como la cocina o la lavandería; o al menos esto es lo que se cree que debería ocurrir. Este tipo de roles que se intentan fomentar a las nuevas generaciones solo tiene un resultado: la incapacidad de las mujeres de afrontar y resolver situaciones diarias comunes que se les presentan por el simple hecho de no saber cómo solucionarlas, ya que nunca ha sido “cosa de chicas”.

También el personaje de la lavandera a la que Winston y Julia oyen cantar desde su escondite (242) representa algo en esta novela: esta mujer es un símbolo de la resistencia, primero por ser parte de los proles, y segundo por ser fértil. Con esto último adquiere el papel de madre, con todos los estereotipos que esto conlleva, a la vez que el papel de ser la reproductora de la nación, algo tan codiciado y mitificado en la ideología nacionalista. Aparte, al formar parte de los proles, no solo sería reproductora de la nación como tal, sino reproductora de los rebeldes, aquellos que, según Winston, algún día derrotarían al Partido y al Gran Hermano. Siguiendo con este personaje, es una perfecta representación de los estereotipos de género y de cómo las mujeres están escritas en esta novela. Se dice de ella que “[I]ncansablemente, [...] seguía yendo del lavadero a las cuerdas, cantando y callándose y no dejaba de colgar pañales” (243). La palabra incansablemente tiene gran importancia, al menos para mí, ya que evoca un sentimiento entre la resignación y la fortaleza. Las mujeres han estado condenadas durante mucho tiempo a encargarse de este tipo de tareas, muchas de ellas sin posibilidad de optar a otro tipo de vida. A pesar de no ser a lo que aspiraba ni lo que deseaba para su vida, la mujer llevaba a cabo esta tarea con fuerza y poderío.

De igual manera, en este mismo episodio Winston se da cuenta de que está admirando a la mujer, encontrándola hermosa y atractiva a pesar de ser “una mujer de cincuenta años” con un cuerpo “deformado hasta adquirir dimensiones monstruosas a causa de los partos y endurecido, embastecido por el trabajo” (243); y dándose cuenta de que no hay mucha diferencia entre el cuerpo de una joven veinteañera y el de una mujer como esta, pues ambos guardan la misma relación que el fruto y la flor, con lo cual “¿por qué iba a ser inferior el fruto a la flor?” (243). En mi opinión, esta metáfora del fruto y la flor tienen una estrecha relación con la reproducción, ya que tanto el fruto

como la flor son los encargados de la reproducción en el medio ambiente. La flor, bella y joven, da lugar al fruto, que es el que termina diseminando las semillas y asegurando que crezcan más árboles después; y al igual pasa con las mujeres.

Podría considerarse, de la misma forma, que el hecho de que Winston sienta pánico de Julia las primeras veces que la ve sea algo dado por los estereotipos de género, puesto que existe un gran imaginario sobre todo lo peligroso que puede ocurrir cuando un hombre cruza demasiadas fronteras con el otro (McClintock 1993, 118), siendo este otro la mujer. Una de las veces en que se encuentran es en la cafetería del Ministerio, donde Julia le observa desde otra mesa. Esto hace que Winston rompa a sudar y sienta verdadero terror. Se plantea por qué le mira, si será una espía a quien le han ordenado investigar y si sabe que ha estado escribiendo un diario donde arremete contra el orden establecido por el Partido y el Gran Hermano (74). En otra ocasión, durante los Dos Minutos de Odio, Winston traslada todo su odio a Julia, a la que aún no conoce más que de vista. Durante este episodio, admite que “[P]or su mente pasaban, como ráfagas, bellas y deslumbrantes alucinaciones. Le daría latigazos con una porra de goma hasta matarla. La ataría desnuda en un piquete y la atravesaría con flechas como a San Sebastián. La violaría y en el momento del clímax le cortarían la garganta” (22). Estas líneas demuestran el tremendo odio e inquina que Winston sentía por Julia a pesar de no saber nada de ella, más que le había mirado un par de veces. Sorprende la violencia y agresividad que desprenden sus palabras, rozando el masoquismo y la tortura, algo que es recurrente en la novela cuando Winston habla de las mujeres en general, no solo de Julia.

Sin embargo, en las siguientes líneas Winston admite la verdadera razón de su odio desmedido hacia la joven: Julia “era joven y bonita y asexuada; porque quería irse a la cama con ella y no lo haría nunca; porque alrededor de su dulce y cimbreante cintura, que parecía pedir que la rodearan con el brazo, no había más que la odiosa banda roja, agresivo símbolo de castidad” (22). En definitiva, Winston odiaba a Julia porque la deseaba, porque despertaba en él sentimientos sexuales irrefrenables, y sabía que –al menos en ese momento– esos deseos nunca se saciarían porque ella nunca aceptaría tener relaciones con él debido a su aparente y devota conciencia política. Y todo esto le obligaba a sentir un odio repulsivo y unas ganas terribles de ejercer la violencia extrema contra ella, por el hecho de ser imposible.

En cuanto a lo que se dice sobre que en Oceanía no existe la distinción de apariencia entre hombres y mujeres, y que ellas no llevan maquillaje ni nada

considerado femenino hay varias opiniones por parte de las críticas feministas (Aardema 2014, 22). Aparte de lo problemático del término *femenino*, y el asociar el maquillaje como algo exclusivamente hecho por y para las mujeres, también muchas resaltan que sean ellas las que tengan que cambiar su aspecto o forma de ser para evitar despertar el deseo sexual entre los hombres. Son ellas las que tienen que sufrir restricciones y cambios en sus conductas para evitar que ellos puedan obrar mal, siguiendo sus instintos, y cargando así a las mujeres con toda la culpa del comportamiento masculino. Estrechamente conectado con esto se encuentra el episodio en el que Julia, queriendo sentirse *más mujer*, se maquilla, se perfuma y se pone tacones (157). Aquí se entiende entonces que ser mujer equivale simplemente a ser deseable por los hombres. Aparte del estereotipado que sufren el maquillaje y la ropa, el mensaje que se da es totalmente contrario a lo que se defiende desde el movimiento feminista.

Repasando los personajes masculinos de la novela, se puede remarcar que prácticamente todas aquellas mujeres que tienen algún tipo de relevancia están definidas por su relación con un hombre y por su rol biológico y primordial: todas son madres, mujeres en edad y capacidad reproductiva u objetos sexuales. La madre de Winston, por ejemplo, es la perfecta representación del estereotipo de madre, puesto que se sacrifica por él debido al amor que le tenía (Aardema 2014, 23). La solidaridad extrema la lleva a darle todo a él, incluso su comida, para salvarle. Esto ocurre cuando la familia –la madre, la hermana y Winston– reciben una ración de chocolate que deben repartirse entre los tres. Winston comienza a quejarse por pura avaricia, pues él quería el chocolate para él, y la mujer decide darle su parte para que coma, quedándose ella sin alimento (181). De la misma forma, la madre que aparece en la película que se proyecta al principio de la novela también encaja perfectamente en este estereotipo de género. Esta es una madre amorosa, amable, cuidadora, que lo da todo por aquellos a quien ama, poniendo su vida en riesgo para proteger a su hijo de las balas (15).

En ambos casos, las dos madres chocan de pleno con el estereotipo masculino que representa Winston, el de un hombre, o incluso un niño, avaricioso, egoísta, que se cree que cuenta con todos los derechos posibles, incluso si estos pasan por encima de los derechos de los demás. Aparte de esto, todas las mujeres de *1984* son personajes planos, poco inteligentes y manipulables. Julia, por ejemplo, que es de la que más sabemos por su recurrente aparición en la novela y que es la que más desarrollo tiene, es presentada primero como un ser maléfico que busca el pesar de Winston. Más tarde, se la representa como una mujer viciosa, que usa su cuerpo como arma de revolución.

Finalmente, Orwell la narra como una mujer simple a la que no le interesa la revolución más allá que el acto propio de hacer el amor con hombres del Partido.

Esto último se hace evidente en la página 174, cuando, en uno de sus encuentros sexuales, Winston descubre que “Julia no se interesaba en absoluto por las ramificaciones de la doctrina del partido”, y que cuando él comenzaba a hablar del Partido, el *doblepensar* y demás temas relacionados, “la joven se aburría espantosamente, además de hacerse un lío, y se disculpaba diciendo que nunca se había fijado en esas cosas”. No solo se demuestra a Julia como alguien desinteresado, sino como alguien incapaz si quiera de preocuparse por esos temas puesto que no tiene la inteligencia suficiente como para alcanzar a comprender su importancia. Finalmente, el libro relata la opinión de Julia, que era la siguiente: “Si se sabía que todo ello era un absoluto camelo, ¿para qué preocuparse? Lo único que a ella le interesaba era saber cuándo tenía que vitorear y cuándo le correspondía abuchear” (174). Si antes no había quedado claro que Julia era una mujer vacía y sin más motivación que la revolución sexual propiamente dicha, estas líneas hacen ver la forma en la que Orwell decidió escribir a su personaje femenino más relevante.

Siguiendo con Julia, es común en la novela que tenga un papel básicamente secundario, a no ser que se relaten episodios donde ella y Winston sean los únicos protagonistas. Aun así, en la reunión que ambos mantienen con O’Brien, es Winston quien tiene verdadero protagonismo. Es él quien relata los motivos por los que ambos se encuentran allí, y es él el único al que O’Brien se dirige. Esto queda reflejado en la página 190, que narra como “O’Brien había ladeado un poco su silla hacia Winston de manera que casi le volvía la espalda a Julia” dando por hecho que sería Winston quien hablaría en nombre de ambos. Esto relega a Julia a una posición secundaria, donde no tiene ni voz ni voto en la decisión más importante de su vida y que cambiará su destino.

La falta de inteligencia de las mujeres, su fácil manipulación y su actitud pasiva se usa con justificación de la violencia, como cuando aun siendo pequeño, Winston le arrebató la ración de chocolate a su hermana y, en ese momento, se dio cuenta de que su hermana se estaba muriendo de hambre. Aun así, Winston no le devolvió el trozo de chocolate (181). También justificaría el deseo de lanzar a Katharine por un precipicio. Este episodio se narra explicando que, en una excursión, tanto Winston como su mujer se quedaron rezagados del grupo y Winston sintió el deseo de arrojarla por un acantilado, sabiendo que nadie sabría lo que habría pasado y que nunca le echarían la culpa a él; e incluso le reconoce a Julia que se arrepiente de no haberlo hecho (149).

3.2.3 La sexualidad en Oceanía

Como ya se ha mencionado, el acto sexual era una simple maniobra por la cual engendrar a criaturas que conformasen la sociedad futura y mantuviesen la ideología y tradiciones fomentadas por el Partido. En este contexto, “el acto sexual, bien realizado, era una rebelión” (80). En esta narrativa entra en juego el papel de Julia, entre otros. El libro nos la presenta como una mujer joven que ha encontrado en su cuerpo la única arma para luchar contra la ideología impuesta por el Gran Hermano. McGee Deutsch (2005) afirma que en el nacionalismo el propósito del matrimonio es el de reproducir la raza y proporcionar un desfogue para los deseos sexuales, a la vez que los restringe (128). Esto, que podría parecer contradictorio, se explica porque dichos deseos pueden llevar a los hombres a desviar sus fuerzas a causas más mundanas y menos dignas que la defensa de la patria. Según la autora, la sensualidad puede llegar a diluir la firmeza masculina. Aparte, la sensualidad y el deseo sexual desenfrenado haría que las mujeres abandonasen sus hogares, formando el caos en la sociedad (2005, 128).

En la Alemania Nazi, aquellos pertenecientes al Nacionalsocialismo concebían el refrenamiento sexual como única vía para demostrar una masculinidad viril (134). De esta forma entendían que los intereses individuales debían someterse a los colectivos, y los colectivos –es decir, los de la comunidad– debían someterse después a los intereses del estado (135). En 1984 podría decirse que se da una situación parecida, aunque no igual. La población admite que los deseos sexuales son algo que debe evitarse y que están castigados por la ley, y el único acto sexual que llevan a cabo es aquel que tiene como fin el traer descendencia al mundo. El sexo por puro placer estaba condenado, por lo que las mujeres eran incapaces de tener sexo deseable. Todo intercambio sexual tenía como fin el engendrar hijos para el Partido, lo que no aseguraba que las mujeres tuviesen ningún tipo de atracción o aprecio por sus compañeros sexuales, como era el caso de Katharine y Winston. Por otro lado, “toda relación con prostitutas estaba prohibida” (77), ya que de estos encuentros no saldría ningún embarazo ni se esperaba que se formase una unidad familiar que siguiese fomentando la descendencia, y además rompía la regla de que los deseos sexuales debían quedar completamente anulados. Aun así, en las líneas siguientes a esa Winston revela que las penas por ser cazado en compañía de prostitutas no eran muy severas, ya que el propio Partido potenciaba este tipo de negocio para aquellos instintos que no se podían reprimir. Las mujeres – especialmente las solteras– son entonces concebidas por el Partido como seres siempre

puros, y este era el motivo por el que se les permitía trabajar en el departamento del porno, puesto que “[D]ominaba la teoría de que los hombres, por ser menos capaces que las mujeres de dominar su instinto sexual, se hallaban en mayor peligro de ser corrompidos por las suciedades que pasaban por sus manos” (145).

Laura Mulvey (1999) asegura que, en el cine, el hombre no puede llevar la carga de la objetivación sexual; pero sí puede llevar, y en efecto lo hace, el rol activo, siendo el que efectúa la acción. A pesar de ser una teoría cinematográfica, se puede aplicar sin problema al resto de las artes en general y a la literatura en este caso particular. En *1984* Winston es siempre el que efectúa la acción sexual en el sentido en que él nunca es objeto como sí lo pueden ser otras mujeres; no solo objetos sexuales como tal, sino también objetos visuales sexualizados. Además, las telepantallas que aparecen en *1984* ejercen el rol de la mirada masculina, puesto que, a pesar de que todos estén vigilados, quien mira es alguien que posee un papel masculino: el Gran Hermano. Aquellos que son observados tienen, entonces, un papel pasivo, que es el rol típico que se les da a las mujeres (Aaderma 2004, 21).

Por supuesto, en una dictadura totalitaria como es Oceanía la homosexualidad no existe porque no contribuiría al correcto desarrollo de la sociedad. El libro ni siquiera la menciona, ni para bien ni para mal, es algo que simplemente se obvia porque no es una posibilidad. Otro motivo por el cual la homosexualidad no está presente en la novela es porque, en la época en la que se escribió, este asunto no era posible ya que la homosexualidad estaba prohibida en el Reino Unido. V. Spike Peterson sostiene que la clave de todo nacionalismo es la reproducción, tanto social como biológica, del grupo; por ello la heterosexualidad es el único modo posible y aceptado de identidad sexual (2000, 59). Varios de los conceptos base de los estados occidentales que tienen una fuerte relación con el género son los siguientes: la codificación del binarismo entre sexo y género como la base primaria y fundamental del orden, estableciendo así los cuerpos masculinos y femeninos; y la creación de identidades de género opuestas que están al servicio de la reproducción heterosexista estadocéntrica y del resto de relaciones jerárquicas que se crean en este tipo de sociedades entre las que se podrían incluir las familias patriarcales o la regulación de las actividades sexuales (2000, 69).

V. Spike Peterson también comenta la amenaza que sufren las políticas que abogan por la natalidad frente al sexo no reproductivo (65). Por esto también se condenan –u omiten– las identidades homosexuales y las conductas no heterosexuales, así como el sexo ocasional no destinado a la reproducción. De la misma manera, cabe

destacar los distintos modelos mediante los cuales los estados y las nacionales regulan las fronteras de género, sexuales, culturales y de raza, dado que estas son comunes a todos (Kim et al. 2005, 153). Estos mecanismos y patrones serían las políticas que apoyan y soportan creencias culturales que acaban enraizándose en las sociedades y provocan situaciones racistas u homófobas, por ejemplo. En la novela, esto queda obviamente reflejado en la ideología que impulsa el partido, centra sola y únicamente en la reproducción de la sociedad, ignorando el deseo de cada individuo.

3.3 1984, una nación sin sentimientos

Sara Ahmed asegura en *La política cultural de las emociones* (2015) que el *yo* y el *nosotros* son conceptos separados que se alinean. Al odiar al otro, el sujeto está reforzando su amor por sí mismo. Así, el vínculo con los otros se divide en negativo y positivo (odio y amor) mediante la imagen de los rostros de la comunidad conformada por otros *yo*; es decir, otros a quienes se ama como si fueran uno mismo (91). En *1984*, esto se materializa –como en todas las sociedades donde el nacionalismo tiene gran presencia– en el amor y la unión que existe entre los ciudadanos de Oceanía que, aunque no se conozcan entre ellos, aúnan fuerzas contra el enemigo que les presente el Partido. Aunque sean completamente distintos en el resto de sus cualidades, los ciudadanos de Oceanía se reconocen como iguales porque todos aman lo mismo: al Gran Hermano.

Esta teoría tiene especial relevancia para explicar el cambio de bando que sufre Winston a lo largo de la novela, posicionándose contra el Partido. Según Ahmed, el carácter de la persona a la que se ama se reproduce en forma de semejanza a través de las formas de identificación que alinean a este sujeto con otro (2015, 91). Así, Winston se alinea con algunos sujetos, al mismo tiempo que se alinea en contra de otros: se une a la resistencia, y ese mismo movimiento implica alinearse contra el Gran Hermano, el Partido y todos aquellos que sean partícipes de su ideología.

Uno de los sentimientos que aparecen en *1984* y que tiene más cabida e importancia es el miedo. Este es ejercido por la Policía del Pensamiento, así como por los Ministerios y el propio líder del Partido. Los rumores y las habladurías fomentan este miedo entre los ciudadanos, quienes comentan las frecuentes desapariciones y torturas que se llevan a cabo contra aquellos que se atrevan a rebelarse contra el poder establecido. El miedo, según Ahmed, es entendido como un instrumento de poder más certero incluso que el amor, puesto que el primero siempre se encuentra vinculado con

el castigo (2015, 119). La autora asegura que el miedo funciona como una tecnología de gobernanza, puesto que el poder soberano, usa el miedo para que otros consientan su poder (119). En este caso, el Gran Hermano y el Partido utilizan las manipulaciones y el temor para conseguir que sus ciudadanos acepten sus normas e imposiciones. El miedo es, entonces, una perfecta estrategia de manipulación de las masas.

Otro de los sentimientos recurrentes en la novela es el odio. Como se ha mencionado en el capítulo de Contextualización, Sara Ahmed asegura que la relación destructiva entre sujeto y objeto odiada es completamente necesaria, puesto que esto mantiene al objeto odiado siempre presente, aunque este no suponga una amenaza real. Esta técnica está sin ninguna duda presente en *1984*, puesto que los discursos proporcionados por el Partido siempre tienen presentes al enemigo actual de Oceanía y a Goldstein. De esta forma se consigue focalizar el odio siempre en el mismo punto, evitando que este sentimiento se disperse y termine dañando al propio Partido.

Por otro lado, el amor y el odio se entrelazan en la novela, puesto que los ciudadanos de Oceanía aman al Gran Hermano y al Partido, y odian a todos aquellos que no admiren y muestren devoción por los mismos. Se entiende entonces que todos aquellos miembros de la sociedad que no estén a favor del Partido están a favor de lo opuesto, de un pensamiento libre fuera de lo establecido por el poder. Según Ahmed, todos estos que no están de acuerdo con lo establecido y, por ende, están a favor de lo opuesto son traidores que fallan a la nación, y que están en contra de ella y del amor en sí (2015, 193). En *1984* este grupo estaría representado por los traidores, y Winston sería uno de ellos.

El amor para Sara Ahmed es un signo de feminidad respetable y de las cualidades maternas, lo que implica que la reproducción de la feminidad es igual a la reproducción del ideal nacional mediante el trabajo del amor. Por ello, construir la nación está ligado a hacer el amor (2015, 194). Esta es la razón por la cual en *1984* un tribunal elige las parejas para que se casen, pero siempre asegurando que no se amen ni sientan atracción entre ellas. Esto se hacía para “evitar la creación de vínculos imposibles de controlar” (78). En *1984* el enemigo a batir no es tanto el amor en sí, sino el erotismo. El amor, según los líderes de la nación, se puede reconducir como se reconduce el odio en los Dos Minutos de Odio, pero el erotismo es algo pasional muy difícil de controlar y que puede desencadenar que otras pasiones se despierten y la sociedad acabe por descontrolarse.

La falta de sentimientos es innegable en la figura de Winston, quien no siente amor por nadie. Por su madre siente cierta melancolía y un ligero sentimiento de culpa; por Julia, por quien debería sentir un afecto intenso dada su relación, no siente nada más que una atracción física y sexual y el sentimiento de haber encontrada a una camarada que le acompañe en la batalla contra el Partido. Esto queda reflejado en varias ocasiones durante la novela, de las que solo comentaré dos. La primera sucede mientras Winston y Julia mantienen un encuentro sexual, previo al cual comienzan una conversación sobre la experiencia sexual de la chica. Winston entonces reconoce que no le importa tanto lo que Julia sienta, puesto que para él lo importante no es “simplemente el amor por una persona sino el instinto animal, el simple indiferenciado deseo. Ésta era la fuerza que destruiría al Partido” (139). En este pasaje se puede observar que lo que mueve a Winston en todas sus acciones diarias es la obsesión con destruir el orden establecido y acabar con el Partido y el Gran Hermano, y que no tiene realmente en cuenta los sentimientos de Julia.

Esto mismo también se intuye durante la escena de la reunión con O'Brien, quien les pregunta si estarían dispuestos a separarse y no volver a verse nunca más, a lo que Julia rápidamente responde que no. Winston, en cambio, tarda más tiempo en responder, y aunque responde que no, no parece realmente convencido y parece que solo se niega porque Julia lo ha hecho. Winston parece entonces no estar enamorado de Julia, sino de lo que esta hace y representa. Podría decirse que el personaje principal de *1984* prioriza la política sobre el amor.

3.4 El lenguaje, la historia y el poder en *1984*

Según Aardema, el poder está en todos sitios y se articula en cada nuevo discurso que surge, ya sea real o imaginario. El poder se establece, muy a menudo, a través del lenguaje, y este es usado en la novela por el Partido para limitar la capacidad de raciocinio de los ciudadanos por medio del *doblepensar*. Aun así, el poder también reside en la historia, un elemento clave en *1984* por su falta de existencia. Con todo ello, alguien puede ser controlado impidiéndole tener una historia y/o un lenguaje propio, perdiendo todo su poder y siendo éste transferido al otro que le controla.

Estos dos temas, el lenguaje y la historia, son los temas centrales del feminismo, puesto que durante la Segunda Ola las mujeres se centraron en escribir el pasado de otras mujeres para sacar a la luz a todas aquellas que habían contribuido con la sociedad de alguna manera pero que habían sido invisibilizadas; y también lucharon por cambiar

el lenguaje que usaba la gente, dado que el lenguaje construye la realidad, y todo aquello que no se nombra no existe.

3.4.1 La importancia del lenguaje

Según las teorías de Benedict Anderson, el origen de la comunidad imaginada primitiva fue la convergencia entre el capitalismo y la tecnología novedosa que proporcionaba la imprenta, la cual permitía fabricar libros en latín (1993, 99). De esta forma se creaba no solo la lengua, sino también la comunidad imaginada en la que este lenguaje se inscribía. Esto sería el caso de la *Neolengua*, que se crea progresivamente según las necesidades del Partido para con la sociedad se transforman, y a la vez el lenguaje es el que transforma la sociedad. Así ocurre, por ejemplo, con el término *doblepensar*, clave en la novela. Mediante el nuevo lenguaje, esta acción implicaría mantener dos opiniones opuestas a la misma vez, sin que esto suponga que ninguna sea mentira. El lenguaje que se crea desafía entonces la realidad y la lógica, pero esto no es importante, puesto que, al ser formulado, lo que se dice se convierte en realidad.

Aparte, comenta también Anderson (1993) que compartir un lenguaje común, a la par que una religión y una cultura, hace posibles las primeras imágenes nacionales (273), puesto que se crean lazos identitarios con los que la gente establece relaciones de parentesco y fraternidad. Por ello es importante la lengua en la novela, que siempre presenta situaciones de oposición entre “los nuestros” y “los otros”, ya sea respecto al habla, a la apariencia, o a la procedencia. También son relevantes las palabras de Ranjoo Seodu Herr, quien asegura que el lenguaje que usamos al comunicarnos con los demás es el lenguaje de una comunidad específica y que está históricamente integrada. Justo por esta razón no es ni podrá ser nunca transparente ni neutral. Al usar el lenguaje, uno define su propia identidad consigo mismo o misma y con los demás que le rodean (2003, 140).

Todo esto no hace más que apoyar el argumento de que el lenguaje como instrumento de poder y control es de los más poderosos, puesto que logra unir o dividir a la gente que podría considerarse de primeras iguales. En 1984, el lenguaje juega un rol crucial en la forma en la que la población se identifica, y por ende en la forma en la que los ciudadanos de Oceanía construyen la relaciones con su entorno y con aquellos que viven en él, a la par que con aquellos que no coexisten y son considerados extranjeros, y por ende, enemigos.

3.4.2 La historia en 1984

Gracias a la imprenta, la revolución lexicográfica de Europa creó y propagó gradualmente la creencia de que las lenguas eran una propiedad personal de grupos muy específicos (124). En 1984 se narra cómo Winston y otro grupo de ciudadanos de Oceanía se encargan de modificar libros, periódicos, revistas, fotografías, películas y todo tipo de documento gráfico que sirva para fijar acontecimientos en la historia. Según Benedict Anderson, todos los cambios de conciencia que tienen gran profundidad suponen una serie de amnesias características (1993, 283), y esto supone una extrañeza de la propia identidad, puesto que, al no poder ser recordada, solo puede ser narrada por otros (284).

Para mí, esto tiene gran relevancia a la hora de analizar una novela como *1984*, ya que se narra una sociedad que en poco tiempo tuvo que olvidar por completo su pasado para entrar en otra ideología completamente diferente. Esto, unido con las ya mencionadas remodelaciones constantes de los documentos gráficos y escritos, provoca que muchos de los habitantes –como el caso de Winston– no sepan identificar quienes eran antes de que la dictadura del Gran Hermano se impusiese. Al no tener conciencia de la identidad de uno mismo, son los textos los que se encargan de transmitirla. Sin embargo, esto no significa que todo lo que se transmita sea la verdad. Es más, lo que se narra y difunde en los textos de *1984* es la verdad que el Gran Hermano y el Partido quieren que se difunda, pues es su propia verdad, aquella que les asegura que seguirán en el poder y con las masas bajo sus órdenes.

Según esto, entonces, la historia se fija a través de los textos. Pero no solo sería a través de la literatura como tal –cuentos y demás relatos–, sino también por medio de libros encargados de llevar la cuenta de los habitantes de una población: los libros censales. En *1984* se manipula constantemente la historia, los libros y el censo. Esto se hace visible en cuanto el compañero de Winston, Syme, que desaparece de un día para otro. En la página 164 se narra como “[A]l tercer día entró Winston en el vestíbulo del Departamento de Registro para mirar el tablón de anuncios. Uno de éstos era una lista impresa con los miembros del Comité de Ajedrez, al que Syme había pertenecido. La lista era idéntica a la de antes -nada había sido tachado en ella-, pero contenía un nombre menos. Bastaba con eso. Syme había dejado de existir. Es más, nunca había existido.”. De esta forma, el Partido se asegura de no dejar ninguna huella de que alguien llamado Syme haya vivido y haya trabajado allí. No tachan su nombre, lo eliminan por completo, así como el resto de las pruebas de su existencia. Probablemente

le eliminarían de todas las fotos, los documentos o cualquier mención en la que pudiese aparecer. Y esto, acompañado por el olvido voluntario de la gente, conseguiría que, al poco tiempo, Syme nunca hubiese existido de verdad.

Con todo esto, sólo queda claro que una alianza entre el control del lenguaje y el de la historia dan a quien los posea un poder inimaginable sobre la nación y sus habitantes, puesto que tiene en sus manos los mandos de dos de los factores que influyen de forma directa en la identificación de uno mismo. Por ende, quien controle el lenguaje y la historia, controlará la forma en la que se escribe la sociedad y la forma en la que los ciudadanos se relacionarán unos con otros. En el caso de *1984*, ese poder lo posee el Gran Hermano y el Partido.

3.5 El simbolismo dentro de *1984*

Primero de todo, cabe mencionar a la figura del Gran Hermano, de la que ya se ha hablado con anterioridad. Su propio nombre acarrea un gran simbolismo desde mi punto de vista, ya que tanto Gran (en inglés *Big*) como Hermano (en inglés *Brother*) reflejan un aura de paternalismo y protección, algo irónico puesto que esta figura hace todo lo contrario: oprimir al pueblo, matándolo de hambre y prohibiendo cualquier tipo de placer que los ciudadanos puedan soñar. Este tipo de simbolismos es habitual en los movimientos nacionalistas y en sus guerras, donde suele aparecer la figura del padre, el Padre de la Nación.

Otro simbolismo presente en la novela lo encierra un objeto tan insignificante a primera vista como el pequeño trozo de cristal redondeado con un coral dentro que Winston encuentra en la tienda del señor Charrington (108). Este pequeño artilugio simboliza, a mi parecer, el pasado, la historia y la realidad. Es por ello que el propio libro reconoce que “[P]ara un miembro del Partido era comprometedor llevar una cosa como aquella. Todo lo antiguo, y mucho más lo que tuviera alguna belleza, resultaba vagamente sospechoso” (109). Este objeto está presente a partir de ese punto de la novela en todos los encuentros sexuales e íntimos que Julia y Winston mantienen en la habitación que les proporciona el señor Charrington, representando un símbolo más de la resistencia contra el Partido y el Gran Hermano.

Es el propio Winston quien, unas páginas más adelante y en una conversación con Julia, reconoce que ese objeto es simplemente un trozo de historia que se han olvidado de alterar, “un mensaje que nos llega de hace un siglo y que nos diría muchas cosas si supiéramos leerlo” (161). El pisapapeles, como bien se narra en la novela,

representa la habitación en la que Julia y Winston se escondían para cometer adulterio, y el coral eran sus vidas, impresas para siempre en el centro del cristal. Es por ello que, cuando la Policía del Pensamiento les atrapa en esa misma habitación, el primer objeto en ser destruido sea precisamente el pisapapeles de cristal, debido a lo que simboliza.

La madre de Winston también se vuelve un símbolo en la novela, puesto que ésta empieza cuando la mujer lleva muerta o al menos desaparecida varios años. Sin embargo, su papel es importante sobre todo en la vida de Winston, que queda marcada por su repentina desaparición y le lleva a sentirse culpable, preguntándose incluso si sería él mismo quien la matase, aunque fuese de manera indirecta. Este sentimiento de angustia se refleja en uno de los sueños que Winston tiene, donde su madre y su hermana pequeña se hunden en el agua mientras él las observa desde arriba. El mismo pasaje reconoce que, aunque estas no le reprochasen nada, sus caras reflejaban “la convicción de que ellas morían para que él pudiera seguir viviendo allá arriba y que esto formaba parte del orden inevitable de las cosas” (39). La mujer, de la que nunca conocemos su nombre, representa un pasado lleno de mentiras por parte del Partido que siguen presentes en la actualidad en la que Winston vive. También simboliza la reminiscencia de un pasado mejor, aunque el protagonista no sea capaz de tener recuerdos nítidos de cómo eran los tiempos ya transcurridos.

En mi opinión, estos simbolismos que se encuentran en el trasfondo de la novela son herramientas que el autor usó para reforzar su obra, dándole así un giro más profundo. De la misma manera, quien lee esta obra, si es capaz de interpretar estos significados que se esconden tras la narrativa, puede obtener una visión más profunda de la obra, entendiendo mejor la temática estudiada en este trabajo.

4. Conclusiones

En definitiva, se puede afirmar que la sociedad de Oceanía es una donde la nación tiene prioridad ante todo, incluso ante las relaciones sociales y los lazos afectivos que se suelen establecer con nuestros seres queridos. Para ello, el Gran Hermano y el Partido se encargan de crear la falsa sensación de inclusión, donde todos los miembros de la sociedad se sientan en igualdad de condiciones dentro de un mismo círculo social, su comunidad, aunque esto sea falso, como se ha visto en el análisis de la obra. Este sentimiento refuerza la unión entre los miembros de la misma comunidad ante un agente externo al que rechazan.

Como toda sociedad nacionalista, Oceanía está construida sobre los tres tiempos del nacionalismo ya mencionados y analizados. Los miembros de la comunidad son bombardeados con símbolos, leyendas y anécdotas que nadie sabe si ocurrieron o no, pero que son tomadas como verdad absoluta para así justificar todos los comportamientos tanto del Gran Hermano y el Partido como de todos aquellos ciudadanos y ciudadanas que siguen sus doctrinas.

En lo relacionado a la distopía, se puede asegurar que *1984* cumple con todos los requisitos necesarios para encajar en esta etiqueta literaria. Aparte, ésta está completamente subyugada por los roles de género que este tipo de obras suelen presentar. El Partido ejerce un control total y absoluto sobre el cuerpo de su ciudadanía, aunque son las mujeres las que más lo sufren, puesto que a los hombres se les permite ligeramente mantener su sexualidad, aunque tengan que hacerlo con prostitutas de forma clandestina. Como toda sociedad nacionalista y, a la par, distópica, la maternidad es un elemento clave que en *1984* aparece como un acto obligado, puesto que la descendencia es algo que se percibe como un deber para con el Partido.

Los estereotipos de género aparecen en la novela, ya que todos los personajes protagonistas que tienen un papel importante o una posición de poder son masculinos: Winston, el Partido y el Gran Hermano. Las mujeres son relegadas a papeles completamente secundarios, e incluso Julia, de la que se podría decir que tiene un rol más importante, está definida por su relación con un hombre, Winston. Desde mi punto de vista, esto es un punto ciego de Orwell como escritor, quien, debido a la época en la que vivió, no fue capaz de liberarse del todo el peso de una sociedad misógina cargada de estereotipos y roles de género. Aun así, hay que destacar su gran conciencia tanto política como social y su visión del presente y futuro.

En cuanto a los sentimientos, la sociedad de Oceanía está construida sobre dos emociones: el amor y el odio. Ambos son dirigidos por el Partido, estableciendo a quién

o quienes se enfoca cada uno. En cuanto al amor, siempre debe estar orientado al Gran Hermano y, por ende, al Partido. Las relaciones de pareja, familiares o de amistad son inexistentes en cuanto a sentimientos se refiere, ya que el único amor, respeto y adoración que se les permite sentir a los ciudadanos es hacia las grandes esferas de la sociedad. En cuanto al odio, se ha visto en este trabajo que es el contrapunto del amor: odio algo porque es diferente a mí, y por ello amo aquello que es igual. Sabiendo esto, es fácil establecer que en *1984* el odio va siempre dirigido hacia el enemigo que la nación establece en ese momento.

Finalmente, en este trabajo también se analizan conceptos tan importantes como la memoria, la historia, el lenguaje y el poder que todos estos otorgan a aquella persona que los controle. La memoria concede a la persona su identidad, y al borrarla o modificarla se modifica también la personalidad e identidad de la misma. Esta es la estrategia utilizada en *1984*, eliminando continuamente cualquier resquicio fiable que permita a la población crear su identidad en relación con la nación. La historia está directamente relacionada con la memoria, dado que en *1984* modifican la primera para que así la segunda se deforme de la misma manera. También el lenguaje tiene gran poder, puesto que éste crea el mundo al nombrarlo. Lo que no se nombra, no existe, y depende de cómo se nombre existe de una forma u otra. Todos estos conceptos tienen, como se ha mencionado durante el desarrollo del trabajo, gran importancia para el movimiento feminista desde sus inicios, siendo el foco de muchas de sus reivindicaciones. Tanto la memoria de aquellas que han sido silenciadas y olvidadas; como el lenguaje, mediante el cual se inculcan ideologías y que crea el mundo que vemos; o el poder, que nunca ha estado en las manos de las mujeres.

La elaboración de este trabajo me ha permitido descubrir en profundidad la estrecha relación que existe entre los movimientos nacionalistas y su control del cuerpo femenino e indagar más en la cuestión de género según su relación con la construcción social de nación y la ideología nacionalista. Al mismo tiempo me ha ayudado a diferenciar entre nación y Estado, y entender sus diferentes características y cómo estas afectan al cambio de significado. La investigación previa a la escritura me ha ayudado a comprender la estrecha relación entre el nacionalismo y las políticas de control sobre el cuerpo femenino, de dónde vienen, qué fines tienen y qué suponen para aquellas ciudadanas que las sufren.

También me ha permitido apreciar la dimensión de los roles de género en una obra como *1984*, pudiendo reflexionar si la forma en la que los personajes están escritos

es un reflejo exagerado de la realidad en la que el autor vivía o si es un recurso literario para mostrarle a aquel que lee lo que podría suceder si ideologías de este tipo se instaurasen en el poder. La perspectiva de género ha sido crucial para analizar la obra, ya que en una lectura previa no había sido consciente de todos los matices que se podían encontrar si se mira el libro desde este vértice.

En definitiva, la creación de este trabajo me ha permitido conocer a un Orwell reivindicativo, socialmente implicado y volcado por escribir y conseguir un mundo mejor a través de su literatura que, debido al tiempo en que vivió, no fue capaz de superar todos los obstáculos necesarios para plasmar de una forma más justa e igualitaria a sus personajes femeninos.

5. Bibliografía

5.1 Fuentes primarias

Orwell, George. (1948) 1980. *1984*. Trad. Rafael Vázquez Zamora. Barcelona: Salvat Editores SA.

5.2 Fuentes secundarias

Aardema, Jennifer. 2014. "The Not-Yet of Gender Equality. The Representation of Gender in Dystopian Literature". Tesis de Máster. Universiteit Utrecht.

Ahmed, Sara. (2004) 2015. *La política cultural de las emociones*. Trad. Cecilia Olivares Mansuy. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Anderson, Benedict. (1983) 1993. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Biografías y Vidas. 2019. "George Orwell". Consultado el 13 de marzo de 2019. <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/o/orwell.htm>

Boehmer, Elleke. 2005. "Conclusion: Defining the Nation Differently." En *Stories of Women: Gender and Narrative in the Postcolonial Nation*, 207-22. Nueva York: Manchester University Press. Consultado el 17 de marzo de 2019. https://www.jstor.org/stable/j.ctt155j4ws.16?seq=1#metadata_info_tab_contents

Eisenstein, Zillah; Sita Ranchod-Nilsson y Mary Ann Tétreault, eds. 2000. "Writing bodies on the nation for the globe". En *Women, States, and Nationalism. At Home in the Nation?* Londres y Nueva York: Routledge.

Groppo, Bruno. 2002. "Las políticas de la memoria". *Sociohistórica* 11-12: 187 – 198. Consultado el 25 de abril de 2019.

Herr, Ranjoo Seodu. 2003. "The Possibility of Nationalist Feminism." *Hypatia* 18 (3): 135-60. Consultada el 13 de marzo de 2019. <http://www.jstor.org/stable/3810867>

Historia-Biografía. 2018. "George Orwell". Consultado el 13 de marzo de 2019. <https://historia-biografia.com/george-orwell/>

Iveković, Rada. 1993. "Women, Nationalism and War: "Make Love Not War"." *Hypatia* 8, (4): 113-26. Consultado el 13 de marzo de 2019. <http://www.jstor.org/stable/3810374>

Kim, Hyun Sook, Jyoti Puri, y H. J. Kim-Puri. 2005. "Conceptualizing Gender-Sexuality-State-Nation: An Introduction." *Gender and Society* 19 (2): 137-59. Consultado el 17 de marzo de 2019. <http://www.jstor.org/stable/30044580>

- López Keller, Estrella. 1991. "Distopía: Otro final de la utopía". *Reis: Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 55: 7-23. Consultada el 6 de marzo de 2019. <https://www.jstor.org/stable/40183538>
- McClintock, Anne. 1993. "Family Feuds: Gender, Nationalism and the Family." *Feminist Review*, 44: 61-80. <https://www.jstor.org/stable/1395196>
- McDowell, Linda. (1999) 2000. "El género y el Estado-nación". En *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*. Trad. Pepa Linares. Madrid: Ediciones Cátedra.
- McGee Deutsch, Sandra. 2005. "Contra «el gran desorden sexual»: Los nacionalistas y la sexualidad, 1919-1940". *Sociohistórica* 17-18: 127 – 150. Consultado el 4 de abril de 2019.
- Mulvey, Laura; Leo Braudy and Marshall Cohen, eds. 1999. "Visual Pleasure and Narrative Cinema". En *Film Theory and Criticism: 0Introductory Readings*. Nueva York: Oxford UP.
- Peterson, V. Spike; Sita Ranchod-Nilsson y Mary Ann Tétreault, eds. 2000. "Sexing political identities / nationalism as heterosexism". En *Women, States, and Nationalism. At Home in the Nation?* Londres y Nueva York: Routledge.
- Russell, Elizabeth; Lucie Armitt, ed. 1991. "The loss of the feminine principle in Charlotte Haldane's *Man's World* and Katherine Burdekin's *Swastika Night*". En *Where No Man Has Gone Before*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Russell, Elizabeth; Monica Gèrmana y Aris Mousoutzanis, eds. 2014. "Escape / Landscape / Genderscape. No Futures for Women". En *Apocalyptic Discourse in Contemporary Culture. Post-Millennial Perspectives on the End of the World*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Sargisson, Lucy. 1996. *Contemporary Feminist Utopianism*. London: Routledge.
- Sols Lucia, José. 2007. "Qué Es Una Nación: La Definición De Sus Límites Aclara El Debate Del Nacionalismo." *El Ciervo* 56 (681): 8-9. <http://www.jstor.org/stable/40827378>
- Varela, Julio Cabrera. 1991. "La Reproducción Del Sistema Ideológico Nacionalista." *Reis*, 54: 113-35. <https://www.jstor.org/stable/40183520>